

La sombra de la duda

Francisco José García Lozano

Facultad de Teología, Granada
E-mail: franciscojgl@hotmail.com

cine

La caza humana en sociedades aparentemente civilizadas pasa por el linchamiento y no se diferencia demasiado de cualquier otra conducta homicida. En tiempos de linchamientos mediáticos irracionales y de miedos paranoicos, el tema de la pederastia es susceptible de levantar ampollas al menor indicio de sospecha, como demuestra este filme, donde un modesto profesor (convinciente y magnífico Mads Mikkelsen, Mejor Actor en Cannes 2012 por esta película) es acusado injustamente por una niña y acaba en la ruina moral ante el desprecio colectivo.

La caza

Lucas (Mads Mikkelsen) sobre la cuarentena, hombre afectuoso, cordial, amable y humilde. Se ha divorciado de su mujer y está tratando de obtener la custodia de su hijo adolescente. Ha encontrado trabajo en un pequeño pueblo como profesor de educación infantil. A su alrededor tiene un buen

montón de amigos de la infancia. Una comunidad aferrada a una tradición ancestral: cuando el hijo cumple los dieciséis años y obtiene el permiso de armas, todo el pueblo se va a cazar un venado, dándole el bautismo de fuego. Lucas se encuentra feliz jugando con los niños hasta que uno de ellos provoca la debacle. Klara (Annika Wedderkopp), la hija menor de su mejor amigo, de apenas cuatro/cinco años, tiene idealizado a Lucas. Ante un pequeño desencanto suelta una inocente, fortuita y lamentable mentirijilla que se convertirá en un nefando bulo que alterará la vida en el pueblo. La directora del centro, Grete (Susse Eold), ante tal acusación maneja la situación, en principio, con cautela para derivar en un despropósito final. Socialmente, Lucas es condenado y dará al traste con su vida poniendo en peligro la propia custodia de su hijo, su vida laboral y su vida sentimental.

Esta película danesa que nos viene de la mano de su director Thomas Vinterberg (*Submarino*, 2010; *Que-*

rida Wendy, 2005; *Celebración*, 1998). Este director, junto a Lars von Trier, crearon el movimiento fílmico *Dogma 95* en 1995, justo en el año que se celebraba el centenario del nacimiento del cine de la mano de los hermanos Lumière. Se postulaban por hacer un cine basado en los valores y tradiciones excluyendo los efectos especiales o la tecnología. Una de las premisas era la búsqueda de un cine puro concentrándose en la historia y en la interpretación de los actores, rechazando los manejos de postproducción y otros alardes técnicos. La primera película que se rodó siguiendo estas normas fue *Celebración*, que obtuvo el Premio Especial del Jurado en Cannes.

La caza se aleja de efectismos y de truculencias y muestra con total naturalidad cómo una sencilla reacción de despecho infantil mezclada con un equívoco consi-gue alcanzar una repercusión exagerada, alterando totalmente la vida de un hombre que, en esencia, no ha hecho nada de lo que tenga que arrepentirse. No obstante y a pesar de eso, llega a convertirse en un apestado de la sociedad, tan preocupada por contener una lacra tan repugnante como la pederastia que se retroalimenta en una paranoide búsqueda del crimen y a la postre termina convirtiéndose en un macabro sistema. El espec-

tador conoce en todo momento la inocencia del profesor, y también entiende los motivos que llevaron a la pequeña Klara a decir esa mentira que se propagó como la pólvora y que enturbiaría para siempre el ambiente del lugar. Desde un principio la película no quiere jugar con la ambigüedad de saber si el protagonista es culpable o inocente, sino mostrarnos cómo ese pequeño rumor dicho por la joven y angelical niña per-vierte las mentes de los adultos, quienes creen a la niña (pues los niños siempre dicen la verdad, como se apunta en el film).

Thomas Vinterberg nos sitúa ante un debate moral con un tema delicado y que tiene plena vigencia. Si bien en la película nos habla de abusos a menores, la situación que vive su protagonista se puede extrapolar a otras circunstancias. Considerar a una persona diferente y apartarle del grupo solamente con el fin de canalizar los odios y frustraciones de cada uno de los miembros suena a tiempos pasados, sin embargo, existe a diario como una parte real de la violencia estructural del sistema, como forma de cohesión y protección social. Aspectos que ya puso de relieve R. Girard (*El chivo expiatorio, La violencia y lo sagrado*): la cohesión de una comunidad se logra gracias a un principio sacrificial, a costa

de una víctima arbitraria, de un *chivo expiatorio*. Esta dimensión de violencia es negada por quienes la realizan, y gracias a este desconocimiento, el proceso de cohesión de la comunidad resulta eficaz. Por otro lado, el principio sacrificial, la eliminación de un miembro de la comunidad, es el principio fundamental del orden humano, ya que los hombres tienen cierta tendencia a derivar su violencia en otros. Esta manera de «discriminar», de seleccionar excluyendo, de sacrificar para que se restablezca el orden, se conservaría en la actualidad a pesar de que no funcionaría con la misma eficacia que en las comunidades primitivas, pero de hecho sigue funcionando y ejerciéndose tal cual se muestra con el protagonista que un día, de repente, se convierte en el objeto de persecución de todo un pueblo. El paso de ser miembro solidario de una comunidad a convertirse en «el otro».

Mads Mikkelsen (*Torremolinos 73*, *Valhalla rising*, *Un asunto real*) demuestra en esta película por qué es uno de los actores más en forma del panorama europeo actual. Su interpretación de padre/profesor/amigo/cuidador es de una sensibilidad abrumadora, pero es capaz de mantener a la vez un punto de fuerza en la mirada que deja la película abierta hasta el final... Además de Mikkelsen, la película

cuenta con el aplomo de Thomas Bo Larsen (*Celebración*, *Pusher*) y la fragilidad de la joven Annika Wedderkopp. Estos tres personajes, junto con el resto de secundarios de la película, conforman uno de los repartos más cuidados y redondos de los últimos años.

Junto a *La caza* sería necesario visitar su otro gran antecedente, el magnífico documental de Andrew Jarecki, *Capturing the Friedmans* (2003), cuyo argumento comparte muchos aspectos con la película de Vinterberg. A primera vista, los Friedman (Arnold Friedman, Elaine Friedman, David Friedman, Seth Friedman y Jesse Friedman) parecen una típica familia americana. Judíos de clase media-alta, él es un reconocido profesor, ella es ama de casa, y viven con sus tres hijos en Great Neck (Long Island). Un Día de Acción de Gracias, mientras la familia se prepara para la cena, la Policía irrumpe en su casa, la registra de arriba abajo y detiene a Arnold, el padre, y a su hijo de dieciocho años, Jesse. Ambos salen de casa esposados entre una nube de periodistas, focos, cámaras y camiones apostados en su jardín. Padre e hijo son acusados de pederastia. La familia proclama su inocencia, pero los Friedman se convierten en blanco de la ira de sus vecinos. Las fronteras entre lo cierto y lo incierto, la ver-

dad y lo inventado, se diluyen a través de los recuerdos de las personas que son entrevistadas y que, en lugar de esclarecer lo sucedido, lo enturbian aún más.

Dura, áspera, demoledora, intensa e irrespirable, *La caza* logra lo que muy pocas habían llegado a conseguir hasta ahora: representar ese complicado entorno no únicamente como una consecuencia de la insensatez de la que podemos llegar a hacer gala, sino también como la atroz reacción de una sociedad en la que el perdón no parece resultar una alternativa factible. Son, de hecho, los últimos movimientos del guión de Lindholm los que reafirman que incluso ante la redención generalizada, el imborrable estigma surgido ante una situación de ese calibre rara vez no per-

durará, consecuencia de una colectividad que perdona, pero no olvida.

Película: La caza (The hunt).

Título original: Jagten.

Dirección: Thomas Vinterberg.

País: Dinamarca.

Año: 2012.

Duración: 111 min.

Género: Drama.

Interpretación: Mads Mikkelsen (Lucas), Thomas Bo Larsen (Theo), Annika Wedderkopp (Klara), Lasse Fogelstrøm (Marcus), Susse Wold (Grethe), Alexandra Rapaport (Nadja).

Guión: Tobias Lindholm y Thomas Vinterberg.

Producción: Morten Kaufmann y Sisse Graum Jørgensen.

Música: Nikolaj Egelund.